

La vida se consume, el fin se avanza,  
 Por detras nos acosa la venganza.  
 Despierta pues de tan fatal letargo;  
 Que el mas vivo dolor, y el llanto amargo  
 De una humilde y austera penitencia  
 Paguen tus deudas, calmen tu conciencia.  
 ¡O Dios! recibe un alma que á tí vuelve,  
 Que á dejar el pecado se resuelve,  
 Que quiere ya solicita buscarte;  
 Pues todavia vive, puede amarte.

## POEMA III.

## LA INMORTALIDAD

## DEL ALMA.

## PARTE PRIMERA.

**S**i el curso de la tierra ves atento,  
 Observas con dolor, que cuanto nace  
 Marcha á su destruccion, y se deshace;  
 Que un secreto mas vivo movimiento  
 Con rápido fermento  
 Todo lo mina, altera y descompone;  
 Y en fin, cuanto tu idea te propone,

Te presenta con vista pavorosa  
 De la muerte la imágen espantosa.  
 Nuestros cuerpos en polvo se disuelven;  
 La tierra los formó, y á ella se vuelven.  
 Mas si en el hombre tu atencion reposa,  
 Y observas cómo piensa y cómo entiende,  
 Juzgas que en su interior hay una cosa,  
 Que en la ley general no se comprende.  
 Este espíritu oculto que le anima,  
 Esta llama ligera que le enciende,  
 Y que á esfera tan alta le sublima:  
 Esta aura delicada que le alienta:  
 Ese vapor que tanta luz ostenta,  
 Y le da una razon tan despejada,  
 Es el alma criada  
 A la imágen de Dios, á quien parece,  
 Y que eterna como él nunca perece.  
 Esta es verdad segura,  
 Que la fe con su luz nos asegura;  
 Que la razon tambien nos acredita;  
 Que un secreto y tenaz presentimiento  
 A darle un invencible asentimiento,  
 Con teson incesante nos incita;  
 Y que en fin, el comun consentimiento  
 De todas las naciones,  
 Reune en su favor las opiniones.  
 Como van destinadas á cristianos  
 Estas mis reflexiones,  
 No me dilato con discursos vanos.



No emprenderé probar inútilmente  
 Una verdad, que la cristiana gente  
 Respeta como artículo importante;  
 Me será lo bastante  
 Penetrar sus ventajas, explicarlas,  
 Y el medio de poder aprovecharlas.

El mayor pensamiento, el mas sublime,  
 El que nos puede ser mas excelente,  
 Y mas capaz de hacer que el hombre estime  
 Su propia dignidad, es ciertamente  
 Pensar que, cuando el cielo le ha formado,  
 Un inmortal espíritu le ha dado.  
 ¡Qué idea, grande Dios, qué grande y vasta!  
 Con ella sola basta

Para amar la virtud, y odiar el mundo.  
 ¡Qué manantial tan rico y tan fecundo  
 De esperanzas, consuelos y virtudes!  
 ¡Qué descanso de penas é inquietudes!  
 Pues es el alto origen de que vienen  
 Todas las dichas que los hombres tienen.

Esta inmortalidad bien meditada,  
 Eleva nuestros propios sentimientos,  
 Y envilece los otros pensamientos.  
 La desgracia del alma disipada  
 Es que en su propia esencia no ve nada.  
 O es falso lo que ve. No considera  
 Lo que es ahora, y lo que ser espera.  
 Con errada ilusion, sin que se asombre,  
 Crée que el cuerpo mortal que la acompaña,

Es el mismo; ¡mas ay! mucho se engaña.  
 No es mas que lodo el cuerpo, y no es el hombre,  
 Es la triste prision, que un tiempo habita  
 El contrario, que pérfido le agita,  
 Y lo que la razon en él prefiere  
 Es vivir con una alma que no muere.

¡O ceguedad humana!  
 ¡Cuánto eres deplorable! ¡cuánto vana!  
 Si lo que son alguno les pregunta,  
 Uno dirá: Yo tengo un puesto honroso,  
 Que con mucha riqueza honores junta;  
 Otro responderá: Soy poderoso;  
 Dirán otros: Soy juez, soy cortesano.  
 Y alguno le dirá: Soy soberano.  
 Todo esto es bueno, todo es excelente;  
 Mas yo veo en vosotros todavía  
 Una cosa mayor, mas eminente  
 Que vuestras almas elevar podia:  
 Vosotros sois eternos, inmortales.  
 Ve aquí títulos grandes y reales,  
 Títulos muy preciosos,  
 Que dan derecho á bienes prodigiosos,  
 Y á cuya vista la grandeza humana  
 Es mentida ilusion, grandeza vana.

Pues eres inmortal, á tu Dios tienes  
 Por tu fin, tu principio y tu modelo;  
 El te ha criado para inmensos bienes,  
 Su amor te quiso dar parte en su cielo,  
 Y porque mas te asombre,



Es Dios, que en tu favor quiso ser hombre.  
 Pues eres inmortal, ya tu deseo  
 No debe ambicionar ningun empleo,  
 Sino aquel que guiando al buen camino,  
 Te pueda conducir á tu destino.

Todo extravío para tí es desgracia:  
 Viviendo con la vida de la gracia,  
 Podrás librarte del eterno abismo,  
 Y tu gloria será la de Dios mismo.

El cristiano que atento considera  
 Lo que es ahora, lo que ser espera,  
 De estas sanas ideas nunca sale,  
 Porque su alma inmortal mucho mas vale  
 Que todos los monarcas de la tierra,  
 Y cuanto el mundo en su confin encierra.  
 Este título hermoso y refulgente  
 De inmortal, que grabado está en su frente,  
 Mas que los tronos á sus ojos vale:  
 No hay en el mundo nada que le iguale.

Cuando el hombre concibe sentimientos  
 Tan altos y elevados,  
 Muda de pensamientos:  
 Todos son nobles, grandes é ilustrados.  
 Empieza á conocerse y estimarse,  
 Y desde entónces teme deshonrarse  
 Con el horror infame de los vicios:  
 Con puras intenciones,  
 Y con santos cristianos ejercicios  
 Huye la esclavitud de las pasiones,

Se respeta, no quiere envilecerse,  
 Ni sabe detenerse  
 En las cosas humanas,  
 Que tan fútiles son, que son tan vanas.

Es como un poderoso potentado,  
 Que de grandes objetos encargado,  
 Desdeña con razon, y hasta se indigna  
 Si por desgracia se le ve ocupado,  
 En obra que de sí no sea digna.

Un rey de gran carácter no se expone  
 A detenerse en bajos devaneos,  
 Ni fútiles proyectos se propone;  
 Y el inmortal que espera altos empleos,  
 Solo debe formar altos deseos.

Que el hombre, que engañado se figura  
 Que toda vida se acabó muriendo,  
 Ponga su corazon y su dulzura  
 En los bienes que el tiempo le procura,  
 Y quiera disfrutarlos, ya lo entiendo;  
 Pero el que sabe que hay vida futura,  
 El que con luces sanas é inflexibles,  
 De la fe con los rayos luminosos,  
 Atomos solo mira imperceptibles,  
 En los que el mundo ve como colosos,  
 No sacará su honor ni su grandeza  
 Sino de su inmortal naturaleza.

Considera un momento  
 Al sabio, que con este pensamiento,  
 Superior á sí mismo, y elevado



Sobre la tierra, mira sosegado,  
 Pasar bajo sus piés, como un torrente,  
 Tantas pompas humanas, que fugaces  
 Se van á despeñar rápidamente.  
 El sabe que son vanas y falaces,  
 Que el mundo las ostenta;  
 Mas mira que veloz las representa,  
 Pues si un instante breve resplandecen,  
 En polvo y en vapor se desvanecen.  
 El sabio rie, y con distinto anhelo,  
 Las ve pasar, y se dirige al cielo.

Ya desde entónces santa vida empieza:  
 Ya subsiste sin fausto ni grandeza:  
 Ya no busca ni velo que le encubra,  
 Ni hipocresía que sus faltas cubra.  
 Para ser grande verdaderamente  
 De sí arroja el orgullo que le miente,  
 Y no busca por fuera otra grandeza.  
 La Religion y la naturaleza  
 Un decoro le dan mas excelente,  
 Pues que le alejan del mortal abismo;  
 Grande con la grandeza de Dios mismo,  
 Sabio con su inmortal sabiduría,  
 Y justo con la gracia que le guía,  
 Pronto será, si á pronunciarlo atino,  
 Con su divinidad tambien divino.

El que se abraza con tan dulce llama,  
 ¿Cómo amarse podrá? Y si se ama,  
 Amar no puede al cuerpo corrompido;

Triste prision en que se ve metido.  
 Amará al hombre puro, que es el alma  
 Que busca ansiosa la celeste palma,  
 Espíritu, que Dios crió á su modo.  
 Este es el hombre, y es el hombre todo;  
 Lo demas es la sombra, la figura,  
 La imágen triste, la fantasma impuro.

Esta elevada idea que prefiere,  
 De que el hombre que nace nunca muere,  
 Tan sublimes motivos le presenta,  
 Que no solo le alienta,  
 Y á virtudes difíciles le aplica,  
 Sino tambien cuanto hace, santifica.

¿Cómo parecen vanos  
 Con motivos tan altos los humanos!  
 ¡Y cuánto estos motivos superiores  
 Saben criar virtudes interiores!  
 Pues sabe el hombre, cuando está consigo,  
 Que Dios, y siempre Dios es su testigo.

Las virtudes humanas  
 O contrahechas son, ó son profanas;  
 Como son tan impuros sus motivos,  
 Los efectos que nacen son nocivos.  
 Son árboles que dan dañados frutos:  
 Hipócritas, políticos, astutos,  
 Y otros mil, que con vicios escondidos  
 Son sepulcros que estan emblanquecidos,

La justicia forzada ó mal segura,  
 Aun cuando se haga con la mano pura,



Suele dejar el corazón viciado.  
 Suele el desinterés ser afectado,  
 Y vanidad oculta la modestia.  
 ¿Quién querrá sujetarse á la molestia.  
 De la virtud sincera, si concibe  
 Que todo se acabó cuando no vive?  
 De la virtud es áspero el oficio;  
 ¿Quién puede consagrarse á su ejercicio,  
 Cuando engañado piensa,  
 Que aguardar no la puede recompensa?

### PARTE SEGUNDA.

**D**ESDE que el hombre á la region sublime  
 De la inmortalidad, fiel se avanza,  
 La placentera luz de su esperanza  
 Hace que al punto intrépido se anime.  
 Su virtud al mirar lo que le espera,  
 Tan fecunda será como sincera;  
 Tendrá con el carácter de cristiano  
 En toda profesión, toda carrera,  
 Tan puro el corazón como la mano.

El rey que á la inmortal corona aspira,  
 A sus vasallos como á hijos mira;  
 No de reinar sobre ellos es su anhelo,  
 Sí de reinar con ellos en el cielo.  
 El juez en la justicia nunca vario  
 La pesará muy fiel en su balanza,  
 Pues ha de ser él mismo sin tardanza

Pesado con el peso del santuario.  
 El negociante pone cuidadoso  
 En su comercio, por primera basa  
 La probidad; sus límites no pasa,  
 Porque espera un negocio ventajoso,  
 Que debe en los tesoros celestiales  
 Producirle riquezas inmortales.

El artesano desde la mañana  
 Trabaja con tesón; pero no piensa  
 Solamente en la humana recompensa,  
 Para la vida eterna también gana.  
 ¿Y cuál fuera ¡gran Dios! su triste suerte,  
 Si afanándose así noches y días,  
 Con las manos vacías  
 Se presentara á la hora de la muerte?

Todo hombre pues que aspira  
 De la otra vida al inmortal reposo,  
 Y se dirige con tan alta mira,  
 En todas sus ideas es grandioso,  
 En todos sus designios ajustado,  
 En todas sus acciones arreglado.  
 Y si esta idea todos la tuvieran,  
 Los corazones de los hombres fueran  
 De la virtud asilo:  
 Con dulce amor, con ánimo tranquilo,  
 La imagen de su Dios representarían;  
 La ley, la paz y la amistad sincera,  
 La equidad y el honor siempre reinarían;  
 Muy léjos de que nadie mal hiciera



Entre sí generosos disputaran  
A quien al otro da mayor consuelo:  
La tierra entónces pareciera el cielo.

No se vería en ella lo que ahora  
Se mira con dolor; tanto insensato,  
Que infiel á la razon, á Dios ingrato,  
No dando á la virtud su justo precio,  
No se estima á sí mismo, ni hace aprecio  
Mas que de las ventajas exteriores,  
Del poder, la riqueza, los honores,  
Y otros bienes efimeros, que al necio  
Seducen con sus falsos resplandores.

El hombre, que á sí mismo no se estima  
Sino por bienes fútiles y extraños,  
A su ser inmortal agravio intima;  
Deja los bienes por amar los daños;  
El mismo desconoce sus caminos,  
Y la sublimidad de sus destinos.  
Puesto que el cielo nos crió inmortales,  
Honremos las virtudes celestiales,  
Y no nuestros tesoros: estimemos  
Lo que somos, y no lo que tenemos.

Entienda el hombre, porque más se estime,  
Y que á su alma inmortal nada la asombre,  
Que en él nada es tan grande, tan sublime,  
Como la propia dignidad del hombre.  
Pero tampoco basta que conciba  
Su elevado destino y su grandeza;  
Lo esencial es que viva,

Sosteniendo su inclita nobleza  
Con la pureza de sus intenciones,  
Y con la santidad de sus acciones.

Vea cuál es su error, cuál su delito;  
Pues que un Dios tan supremo é infinito  
Con voluntad sincera  
Le hace grande, y él mismo degenera.  
¡Ah! ¡que el ser inmortal no se envilezca!

Que con virtudes en grandeza crezca,  
Que su inmortalidad sea la fuente,  
En cuya dulce y plácida corriente

Beba de la esperanza saludable  
El agua siempre pura y agradable,  
¿Dónde podrá encontrar mas dulce anhelo?  
¿Y cómo en esta vida miserable!

Para poder hallar algun consuelo,  
Para que sea un poco tolerable  
Este tejido de tribulaciones,  
¿Volvemos hácia Dios las reflexiones?

El hombre (santo Job, tú nos decias)  
Pasa sobre la tierra pocos dias,  
Y estos pocos son llenos de aficciones.  
Por áspero sendero tú caminas,  
Sembrado está de cruces y de espinas;  
Tus lágrimas tambien mojan la tierra.

¿Qué otra cosa es la vida sino guerra?  
Un monton de inquietudes y de sustos;  
Un tejido de afanes y disgustos;  
Flujo y reflujo de tribulaciones,



De mudanzas, de afán y turbaciones,  
 Que como olas terribles y agitadas,  
 Unas sobre otras siempre amontonadas,  
 Se suceden sin fin para inundarnos,  
 Y que acaban también por anégarlos.

Si en el diluvio, en la borrasca fiera  
 De esta caduca y tumultuosa vida,  
 El hombre otro consuelo no tuviera  
 Que esa vida, tan triste y afligida,  
 ¡Qué infeliz fuera, ó Dios, su horrible suerte!  
 ¡Cómo invocara con ardor la muerte!  
 Mas cuando en medio de miserias tantas  
 Mira resplandecer las luces santas  
 De la vida futura,  
 Al instante se endulza su amargura:  
 ¡Y qué le importa que esos pocos días,  
 Que tan breves y rápidos se exhalan,  
 Se pasen entre penas ó alegrías,  
 Si al tiempo de morir todos se igualan?  
 ¡Qué nos hace haber sido en nuestros sueños  
 Pobres ó ricos, grandes ó pequeños!  
 De la tierra es muy rápido el pasaje,  
 Dificil el camino, duro el viaje;  
 Pero en muy corto tiempo de paciencia  
 Llegar se puede á la celeste herencia.  
 ¡Alma mia! pues tanta luz alcanzas,  
 Sosten este infeliz perégrinaje;  
 Con la grandeza de tus esperanzas,  
 Y mira que le queda á tu desvelo

Toda la eternidad para consuelo.  
 Si piensas que la vida es noche larga,  
 Piensa que el día eterno ya te aguarda,  
 Y que luego que próspero amanece,  
 Toda la obscuridad desaparece.  
 Los llantos son en risa transformados,  
 Los trabajos se miran coronados,  
 Huyen los males, el placer domina,  
 Y solo reina allí la paz divina.

Suframlos, pues sufrir ahora es fuerza;  
 Mas mira al cielo, y tu valor esfuerza:  
 Con tus lágrimas siembra todavía,  
 Presto recogerás con alegría.  
 Ya el cielo tu lugar ha preparado,  
 Y el momento también ha señalado:  
 No busques en la tierra otro consuelo,  
 Que este solo podrá saciar tu anhelo.

El corazón del hombre es insaciable:  
 Con una ansia violenta  
 Todo lo tiene, y nada le contenta;  
 Pero solo es culpable  
 En buscar con ardor infatigable  
 Bienes terrenos, cuyo falso halago,  
 Con máscara de bienes es estrago.  
 Con un ardor inquieto se deshace:  
 Desea, obtiene, no se satisface;  
 Reconoce su error, su desvarío,  
 Ve que su corazón queda vacío,  
 Porque un instinto noble se le ha dado,



Y le encamina á bien mas elevado.

Cada especie animal se ve contenta  
Con los bienes que el mundo la presenta,  
Porque para ellos solos fué criada;  
Pero al alma del hombre ilimitada,  
Nada del mundo alcanza á contentarla,  
Y solo todo un Dios puede saciarla.

Las pompas, las riquezas, los honores,  
Los grandes puestos, las brillantes flores,  
En fin, del universo los despojos  
Son polvo fútil; mas su mucha copia  
Hace nube delante de sus ojos,  
Porque no vea su grandeza propia,  
Y no busque su dicha verdadera  
En la mansión eterna que le espera.

Despreciando los bienes de que goza  
Si uno sólo le falta, no reposa;  
Anhela, gime hasta obtener su empleo;  
Un deseo sucede á otro deseo;  
Y si de todo el mundo dueño fuera,  
No tuviera bastante, otro quisiera.

Quieren ser grandes para ser dichosos,  
Trabajan con afanes laboriosos,  
Pensando hallar la dicha en la grandeza  
Pero habiendo llegado hasta lo sumo,  
Y viendo que la gloria toda es humo,  
Esperan encontrarla en la riqueza;  
Pero ¡qué error! también los poderosos  
Que viven con espléndida opulencia,

En medio de tesoros tan cuantiosos  
Sufren mas que no sufre la indigencia.

Viendo que ni uno ni otro pueden darla,  
En los placeres quieren encontrarla,  
¡Pero ay Dios! anda á ver esos sensuales  
Que tanto han fatigado sus sentidos:  
Ya tienen los deseos extinguidos,  
Nada les saca ya de su letargo,  
Y hasta el mismo placer les es amargo.

¡Qué es esto? Una inquietud desesperada,  
Que busca siempre, porque no halla nada.  
¡Qué mucho que el mortal ya despechado  
Diga en su corazon desengañado:  
La tierra es vanidad de vanidades,  
Todo afficciones y calamidades!

¡Feliz eternidad! solo en tu seno  
El corazon del hombre está sereno,  
Y halla la dicha que le satisface;  
Cuando deja la tierra, es cuando nace.  
Dichoso el hombre, que tu luz adquiere,  
Que deja el suelo donde tanto muere,  
Y con las alas de un amor activo  
Va á vivir en la gloria del Dios vivo.



## POEMA IV.

## LA PROVIDENCIA.

## PARTE PRIMERA.

**P**UES hay un Dios, hay una providencia.  
 No hay mejor, ni mas clara consecuencia,  
 Y basta la razon para sentirla;  
 Pero para mejor apercibirla  
 Dios dispuso que todo nos mostrara.  
 Esta grande verdad con luz tan clara,  
 Que el mismo Dios, el mundo y nuestra mente  
 Nos la muestran con modo diferente.  
 Dios nos la muestra en su divina esencia;  
 El mundo con su fisica existencia,  
 Y su grande espectáculo visible  
 A nuestros ojos la hace perceptible,  
 Y nuestro propio interno sentimiento  
 De su verdad tambien es argumento.  
 Dios nos la manifiesta claramente,  
 Verla es preciso en su divino seno;  
 Porque si existe un Dios, es evidente

Que es un ente perfecto, sabio, bueno,  
 Grande y omnipotente.  
 Si es sabio, debe odiar todo desórden,  
 Y debe conocer cuál es el órden.  
 Si es bueno, debe amarle y protegerle;  
 Y si es omnipotente, establecerle.  
 Este razonamiento es sin defecto,  
 Pues no puede haber Dios, sin ser perfecto:  
 Desde que este principio está sentado,  
 Vuelve los ojos, y la vista tiende  
 Sobre cuanto este mundo en sí comprende,  
 Repara con cuidado  
 El órden con que todo está arreglado;  
 Y pues el órden es la Providencia,  
 Admira y saca tú la consecuencia.  
 Si hay un Dios, es principio de las cosas,  
 Y tambien debe ser el fin postrero  
 De todas, sean chicas ó grandiosas:  
 Si es el último fin del mundo entero,  
 Le debe conducir seguramente  
 Al fin que se propuso su alta mente;  
 Mas para conducirle, no hay remedio,  
 Es preciso que escoja el justo medio  
 Por donde pueda ser bien conducido;  
 Y como este escoger, bien entendido,  
 No es otra cosa que la Providencia,  
 Admira y saca tú la consecuencia.  
 Si hay un Dios, es inmenso; esto es seguro:  
 Y si es inmenso, debe estar en todo



Por su ser infinito, sabio y puro.  
 No hay arbitrio ni modo  
 Para el hombre que piensa  
 De que la inmensidad no sea inmensa.  
 Mas como al mismo tiempo es un Dios vivo,  
 Que todo lo previene,  
 Debe por consiguiente obrar activo  
 En cuanto el universo en sí contiene:  
 Todo lo debe ver, todo animarlo,  
 Todo en fin, dirigirlo y gobernarlo;  
 Y como esta accion y este gobierno,  
 Tanto en lo temporal como en lo eterno,  
 Son el efecto de la Providencia,  
 Admira y saca tú la consecuencia.

No es posible que humano entendimiento,  
 Por mas que sus ideas se relajen,  
 Por mas corto que sea su talento,  
 Se figure de Dios alguna imágen,  
 Sin ver en ella amor, bondad, potencia,  
 Y la mas soberana inteligencia.  
 Y si el hombre pudiera todavía,  
 Esforzando sus cortas reflexiones,  
 Concebir mas sublimes perfecciones,  
 A Dios atribúrselas debia:  
 ¿Cómo Dios puede ser quien no tuviera  
 Todo lo que en un Dios caber pudiera?  
 ¿Pero qué hace con tantos atributos?  
 ¿Cuáles los fines son? ¿cuáles los frutos?  
 De criar se dignó su omnipotencia,

Y arregló lo criado con su ciencia:  
 Con su poder magnífico y fecundo  
 Dijo que un mundo se haga, y se hizo un mundo.  
 Mas si á todo dió el ser, todo lo guia,  
 Pues con la luz de su sabiduría,  
 Cuanto crió sostiene y lo gobierna.  
 Todo lo regla con su mano eterna;  
 Y por fin su bondad se satisface  
 Con tanto bien como á sus obras hace.

Es pues verdad que todo fué arbitrario,  
 Que todo lo hizo por beneficencia,  
 Y que darnos á todos existencia  
 Acto es de su bondad muy voluntario,  
 Pues para sí de nada necesita,  
 Y tan feliz y tan glorioso fuera,  
 Con magestad tan alta é infinita  
 Sin criar nada, como ántes lo era.  
 Mas cuando el hombre ve que el mundo existe,  
 Que todo está tan bien, y que subsiste  
 Con órden tan sublime y arreglado,  
 Debe inferir que aquel que lo ha criado  
 Es el que lo gobierna y lo conduce  
 Con su mano secreta é invisible.  
 De esta idea deduce  
 Que un Dios sin providencia es imposible.  
 Al que tan ciego fuera  
 Que tan brillante luz ver no pudiera,  
 Ninguna otra verdad le alumbraría.  
 El mundo que forjó su fantasia



Fuera un caos mas triste, más confuso  
 Que la nada de que hace tanto abuso.  
 Esta verdad tan clara y tan sensible  
 Es también á los ojos perceptible,  
 Y mejor la comprenden los sentidos,  
 Cuando viendo del mundo la hermosura,  
 Y sus muchos objetos divididos,  
 Admiran su magnífica estructura.

¿Quién no mira con plácido consuelo,  
 Esos astros que giran en el cielo  
 Con veloz movimiento tan seguro?  
 ¿A quién no asombra un esplendor tan puro?

Cuando en tranquila y sosegada noche,  
 En que el zéfiro plácido respira,  
 Dejando todo amargo pensamiento,  
 Yo levanto la vista al firmamento:  
 Cuando echando los ojos por la esfera  
 Con tanto placer miro  
 Esos globos de luz, que hacen su giro  
 Con tan reglada y rápida carrera:  
 Cuando veo esa escuadra luminosa  
 De estrellas, que con marcha magestuosa  
 Parecen como en orden de batalla,  
 Fuera de sí mi espíritu se halla,

Y me digo mirando esta armonía:  
 Una mano divina es la que os guía.  
 Cuando veo esos astros luminosos,  
 Que con benigna luz y sin ardores  
 Por esos campos vastos y espaciosos

Parecen como flores,  
 Que han sido por el cielo derramadas,  
 Digo con ansias tiernas y asombradas,  
 Viendo que cada cual brillante luce:  
 Una mano divina en vos reluce.

Cuando advierto la regla indefectible,  
 Con que marchan sus pasos combinados,  
 Tan exactos, tan justos y arreglados,  
 Que toda prediccion es infalible,  
 Y me dicen los hombres limitados,  
 Aunque esten separados:  
 Tal astro en tal momento se levanta,  
 Y que al instante súbito aparece,  
 De estupor y placer mi alma se espanta.  
 Cuando dicen: A tal hora se pone,  
 Y veo que puntual desaparece  
 En el minuto mismo que propone;  
 Yo me digo, mirando su obediencia,  
 Y como cada cual fiel se dirige:  
 Una mano divina es la que os rige.

Cuando observo por fin que el movimiento,  
 Que tan exacto sigue el firmamento,  
 Es el mismo que siempre se ha observado  
 Desde que el mundo su principio tuvo,  
 Y que hasta ahora va tan concertado,  
 Que nunca se le vió, ni nunca hubo  
 El mas leve desvío ó discordancia;  
 Yo me digo, admirando su constancia,  
 Y como cada cual su curso alterna:



Una mano divina lo gobierna.  
 ¡Y qué diremos, si dejando el cielo,  
 Con el mismo desvelo  
 Ponemos nuestros ojos en la tierra,  
 Mirando bien lo que su seno encierra?  
 ¡Quién no observa espantado  
 Su hermosa variedad inagotable  
 De yerbas, plantas, árboles y brutos?  
 ¡Quién no admira la copia innumerable  
 De pescados, de pájaros y frutos?  
 ¡Qué corazón ingrato  
 Puede desconocer la Providencia,  
 Que con tan dulce y amoroso trato  
 Presta tanto socorro á su indignidad?  
 Observa bien los ríos caudalosos  
 Que por la tierra corren magestuosos,  
 Refrescando la sed que la devora.  
 Mira como atesora  
 Riquezas, que cada año la produce,  
 Y que el año que sigue reproduce.  
 Ve sus árboles llenos y agobiados  
 Con el enorme peso que los carga,  
 Y que su mano liberal alarga;  
 Esos prados vistosos y esmaltados  
 Con tanta copia de galanas flores.  
 Mira como brillantes sus colores  
 Los visten con sus trages taraceados,  
 Y como los sentidos embriagados  
 Gozan la suavidad de sus olores.

¡Y qué! viendo tan próspera afluencia,  
 ¿Puedes dudar si hay una Providencia?

### PARTE SEGUNDA.

**O**bserva el orden de las estaciones;  
 Cómo las cuatro el año han dividido.  
 En iguales benéficas porciones,  
 Que las cuatro entre sí se han repartido.  
 Ve como cada cual fiel se avanza,  
 Sin faltar ni salirse de su esfera,  
 Con mas exactitud que si la hubiera  
 Pesado con rigor en la balanza.  
 Parecen cuatro hermanas que partieron  
 La herencia de aquel padre que tuvieron,  
 Y que contentas siempre y oficiosas  
 Con la parte que el cielo dió á cada una,  
 En su confin se tienen cuidadosas.  
 Su asistencia oportuna  
 Solo se ocupa, cuando el tiempo viene,  
 En darnos cada cual lo que ella tiene.  
 La primavera verde y placentera  
 Adorna el campo, viste la ribera:  
 A las cosechas el estío dora,  
 El otoño riquezas atesora,  
 Y el invierno ya cano y perezoso,  
 Goza de tantos bienes con reposo.  
 ¡Quién de este orden verá la permanencia  
 Sin adorar, ¡ó Dios! tu providencia?



Peor vamos del mar á las orillas :  
 Veamos juntas bellas maravillas.  
 ¡ Qué espectáculo grande y portentoso !  
 ¡ O Dios ! solo tu brazo poderoso  
 Pudo criar un piélago tan vasto,  
 Que ofrece tanto bien sin ningun gasto.  
 ¡ Cuánto el hombre orgulloso  
 Debe á su vista parecer pequeño !  
 Parece esfuerzo de tu omnipotencia,  
 Y es medio dulce de tu providencia.

¡ O mar ! monstruo del mundo y su gigante,  
 En la tierra no tienes semejante :  
 Solo tú puedes darme alguna idea  
 Con tus aguas, que son inagotables,  
 Y tus profundidades insondables,  
 De tu Hacedor, que en nuestro bien te emplea.

Cuando te miro quieto y apacible,  
 Que blanda calma tu inquietud contiene ;  
 Tu tez plácida, tersa, inaccesible  
 Me parece la imagen mas sensible  
 De aquel Ente infinito que no tiene  
 Término ni principio, fin ni orilla,  
 Y me figuro que en tu seno brilla  
 Su inalterable paz, dulce y serena.

Cuando tu furia se desencadena,  
 Y te veo colérico y airado,  
 Me haces temblar, porque me representas  
 Con iras violentas  
 A ese mismo Señor, que ya irritado

Es tanto mas terrible,  
 Porque ha sido mas tierno y apacible.

Pero tú sometido  
 El término fatal nunca has pasado,  
 En que tu sabio Autor te ha contenido.  
 Bien te veo furioso y agitado  
 Con ímpetu el mas fiero  
 Acumular montañas á montañas,  
 Y amenazar feroz al mundo entero ;  
 Pero á pesar de sus violentas sañas  
 Violencia te haces,  
 Y obedeces á aquel, que ya te dijo :  
 Llega hasta aquí, pero de aquí no pases.

No obstante tu furor te quedas fijo,  
 Pocos granos de arena te detienen,  
 Tus irritadas olas se contienen,  
 Y á besar vas su pié con reverencia :  
 ¡ Cómo no adoraré la Providencia ?

Pero escucha otra voz mas elocuente,  
 En que no es menester razonamiento ;  
 Porque nos habla al alma mudamente ;  
 Escucha pues tu interno sentimiento,  
 Entra de tu alma en la región oculta,  
 Y con tu propio corazon consulta.

Cuando ves esta máquina elevada  
 Tan hermosa, tan grande, tan reglada,  
 ¡ No te dice en secreto tu conciencia,  
 Que es hija de la sabia Providencia ?  
 ¡ Quién no se rinde humilde y reverente



A esta dulce impresion, que el alma siente?  
 Si se ve una familia virtuosa,  
 Que guarda el orden, y que en paz reside,  
 Decimos que hay un gefe que preside.  
 Si vemos un imperio, que tranquilo  
 De las artes y leyes siendo asilo,  
 Da premio á la virtud, al vicio pena,  
 Decimos que hay alguno que lo ordena.  
 Si vemos un rebaño numeroso,  
 Que en abundantes pastos bien tendido,  
 Sin recelo del lobo mas rabioso,  
 Pace la fresca yerba sometido,  
 Decimos al instante:  
 Este pastor sin duda es vigilante.  
 Cuando por alta mar veo un navío,  
 Que cortando las olas encrespadas,  
 A pesar del furor del tiempo impío,  
 Se avanza con las velas desplegadas,  
 Y que llega por fin con bien al puerto,  
 Yo me digo: Es muy cierto,  
 Que este navío, que feliz ha entrado,  
 Está por buen piloto gobernado.  
 Y nosotros mirando la estructura  
 De un mundo, que en el aire está colgado,  
 Con tanta variedad, tanta hermosura,  
 Con tal orden y regla á cada paso,  
 Dirémos que es efecto del acaso?  
 O acaso! si eres tú tan poderoso,  
 Que formaste este mundo prodigioso,

Sin duda eres un ser inteligente;  
 Entonces yo me postro reverente  
 A tus piés, yo te adoro, yo te amo,  
 Tú eres mi Dios! y como tal te aclamo.  
 Pero aquel que pronuncia esta palabra,  
 Del acaso concibe bien la idea,  
 De lo que explica, y explicar desea?  
 Y el sentimiento que en el alma labra,  
 No desmiente en el necio y en el sabio  
 Lo que pronuncia inadvertido el labio?  
 ¡Cuántas veces, y en cuántas ocasiones,  
 Con el grito interior de la conciencia,  
 Casi á nuestro pesar, con las acciones  
 Confesamos que hay una Providencia?  
 En un riesgo inminente,  
 En un violento y súbito accidente,  
 ¡Ay mi Dios! exclamamos con anhelo,  
 Y levantamos nuestra vista al cielo.  
 ¡Por qué la levantamos aterrados,  
 Si en el cielo no hay ojos?  
 Que puedan consolar nuestros cuidados,  
 O puedan aliviar nuestros enojos?  
 ¡Por qué tan azorados y contritos  
 Al cielo dirigimos nuestros gritos?  
 Nuestro afan insensato, ¿qué pretende,  
 Si el cielo es sordo y nuestra voz no entiende?  
 ¡Ay mi Dios! un profeta le decia,  
 Sin salir de mí mismo, en mi conciencia  
 Hallo las pruebas de tu providencia.



Esta luz me persigue con porfía :  
 En vano quiero acumular las dudas :  
 Mis propias sensaciones no son mudas ;  
 Y me dicen con voz muy elocuente ,  
 Que hay en el cielo un Ser inteligente  
 Que formó el universo y le dirige ,  
 Un brazo poderoso que le rige ,  
 Un ojo eterno que lo mira todo ,  
 Una fuerza mayor que lo sostiene ,  
 Que á cuanto existe dió la regla y modo ;  
 Que todo salió de ella , y á ella viene ;  
 En fin , una inmortal pródiga mano ,  
 A quien se debe culto soberano .

Así concluye la razon sincera :  
 Pensar de otra manera  
 Seria ceguedad la mas terrible ,  
 O un castigo de Dios el mas visible .

## POEMA V.

## EL MUNDO.

## PARTE PRIMERA.

**E**l mundo es halagüeño y lisonjero ;  
 Mas cuanto mas halaga , mas engaña ;  
 Cuando mas lisonjea , mas nos daña ,

Y nunca un bien presenta verdadero .  
 ¿ Quien puede conocerle y estimarle ?  
 ¿ Quién puede haberle visto y no dejarle ?  
 El mundo se presenta con caricias ,  
 Nos ofrece regalos y delicias ,  
 Con un traje brillante se produce ,  
 Y este es el medio con que nos seduce .  
 Como sabe adular nuestras pasiones ,  
 Y como los humanos corazones  
 Son fáciles á dar en el engaño ,  
 Ellos mismos ayudan á su daño .  
 Sus avenidas son dulces y hermosas ;  
 Se huellan flores y se pisan rosas ;  
 Se ven concursos , juegos y festines ,  
 Paseos , espectáculos , jardines ,  
 Y tras ellos con ojos deslumbrados  
 Se van los corazones arrastrados .

Quando en el mundo un jóven se presenta ,  
 Todo le rie , todo le contenta ;  
 Viendo tanta alegría y fiesta tanta ,  
 Todo le hace placer , todo le encanta .  
 Apenas un deseo en su alma nace ,  
 Que con ansioso ardor lo satisface ,  
 Marcha por un camino delicioso ,  
 Dulce á los pasos , á la vista hermoso ,  
 Pues lleno está de flores : imagina  
 Que á la felicidad por él camina ,  
 Que todos sus senderos son amenos ,  
 Que sus dias tranquilos y serenos